



LAS
MENTIRAS
DEL KAISER

JUAN MIGUEL GÓMEZ BERBÍS

Las mentiras del Káiser

Juan Miguel Gómez Berbís

A mi madre, a mi padre y a mi hermano,
que son todo mi Universo.

«A quienes me preguntan la razón de mis viajes
les contesto que sé bien de qué huyo
pero ignoro lo que busco.»

MICHEL DE MONTAIGNE

* * *

«Me gusta el cielo por la temperatura
y el infierno por la compañía.»

MARK TWAIN

* * *

«Todo lo sólido se disuelve en el aire.»

KARL MARX

* * *

Índice

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

Capítulo 1

El despacho de Wilhem Strohmeier era como el de todos los poderosos: muebles de madera de caoba, cuadros impresionistas en las paredes y, en la mesa, una escribanía de cuero sobre la que se inclinaba. Su rostro egregio, fino y aristocrático se proyectaba a contraluz sobre el inmenso ventanal abierto a la Ringstrasse. La luz vespertina de Viena se tamizaba a través de las cortinas, cuando una secretaria anunció a Werner Stieghel. Alzó los ojos impetuosamente, se irguió con un ademán marcial y saludó con una breve inclinación de cabeza.

Stieghel tomó asiento en una confortable silla giratoria. Rechazó el café que le ofrecía la secretaria y mientras aguardaba a que Strohmeier le hablara, se preguntó cómo demonios había llegado hasta allí.

Apenas setenta y dos horas antes, se hallaba en su restaurante de la Costa del Azahar, en España, tratando de sacar a flote una paella para siete personas que se echaba a perder por falta de azafrán. Había sonado el teléfono y una voz amiga, un susurro que le llegaba desde su juventud y de su infancia, le había dicho que le necesitaban. Era urgente. Un señor bigotudo se limpiaba las gotas de sudor que le corrían por la frente. Maldecía en valenciano. Los niños querían comer, tenían hambre. Su mujer miraba con desagrado las idas y venidas de Carmen, la única camarera, y mascullaba por lo bajo que a aquel restaurante no volvían. Estaban en temporada alta y si no se espabilaba, el

negocio se iría al traste. La voz amiga le aseguró que si accedía a volar a Viena podría estar muchos veranos de brazos cruzados, mirando las olas romperse contra el farallón de la playa del Grao de Castellón. Werner Stieghel colgó el teléfono y se despidió de Carmen agregando que lo hacía por el bien del negocio. La joven valenciana lo miró estupefacta, no entendía nada; apenas llevaba un mes trabajando en el restaurante y su dueño, aquel maduro y apuesto alemán, se iba de viaje y la dejaba al frente del negocio. «Solo cuida de que no se hagan muy mal las paellas, que luego nos coge mala fama el restaurante», fue el último consejo que le dio antes de desaparecer rumbo al aeropuerto de Valencia. Sin tiempo que perder, había pasado por casa para guardar algunas camisas en una bolsa de viaje y un libro de Kafka. Tal vez *El Proceso*. No lo recordaba bien. Para qué más.

La voz de Wilhem Strohmeier le sacó de su ensimismamiento. Había cercos de cansancio alrededor de sus ojos. Se notaba que no había dormido bien en varios días. Sacó dos cuartillas de la escribanía: la primera tenía un nombre escrito, en la segunda se apreciaba el trazo de un dibujo, un tatuaje. Werner Stieghel asintió vagamente al percatarse de que el nombre no iba a decirle demasiado. Nadja. La mitad de las mujeres rusas que conocía se llamaban así. El dibujo a carboncillo de la cuartilla, en cambio, podría darle más pistas. Un león con seis patas erguido en una pose imperial. Un reflejo de la heráldica de Centroeuropa, de eso no había duda. Stieghel constató un cierto parecido entre Strohmeier y el león, ambos fieros y expectantes, pero bajó los ojos antes de que su interlocutor pudiera leerle el pensamiento.

Strohmeier se arrellanó en su sillón, carraspeó ligeramente y se aseguró de que entendía sus órdenes. Debía encontrar a aquella mujer y matarla. Se hizo un espeso silencio y Stieghel aprovechó para lanzar una mirada en de-

redor. Entre una hermosa imitación de un Manet y un ensayo de girasoles que pretendía emular a Van Gogh, sus ojos tropezaron con un pequeño retrato a carboncillo. Mostraba el rostro regio de un emperador vestido a la manera del Imperio austrohúngaro, probablemente se tratara de Francisco José. Largos mostachos, facciones altivas y el uniforme de campaña cuidadosamente abotonado a la altura del cuello. No había duda. Tenía el sello del autor del dibujo del tatuaje.

Asintió fríamente y se batió en retirada hacia la puerta, murmurando una cortés despedida. El hombre más poderoso de Viena le acompañó con la mirada hasta dejarle en manos de la diligente secretaria que se apresuró a mostrarle el camino de salida. No tenía mucho que ver con el ambiente aséptico y rutinario de las oficinas, ni con aquellos cientos de hombres enganchados a sus ordenadores portátiles que se veían tras las vitrinas de los pasillos. El sitio de Werner Stieghel era otro, en un mundo diferente y limítrofe, el de los soldados que se baten a capa y espada, aún en estos días en los que parece que nada sucede.

Aunque nadie los vea.

Capítulo 2

Sentados en el café Demel, la voz amiga se ha transformado en Franz Lutz. Rubio, ojos azules y sonrisa de Marlene Dietrich en *El ángel azul*. Financiero, *Master in Business Administration* por la Universidad de Princeton, consejero delegado de varias empresas en Suiza, Austria y Alemania, la mayoría bajo el yugo del poderoso Wilhem Strohmeier, *el Káiser*. Y sin embargo, amigo de Werner Stieghel. Un don nadie propietario de un restaurante en la costa del Azahar, a donde ha telefoneado antes de pedir un café con leche.

—La cosa va bien —dice Carmen— ha venido mucha gente de la ciudad a festejar la Virgen de agosto.

—¿Y la *fideuá*? ¿Y las paellas? —pregunta inquieto, con orgullo de madre.

—¡*Collons!* Todo va bien, que parece que no te fías.

Una camarera vestida de monja de clausura de nombre Brigitte les trae los cafés y una succulenta porción de tarta *sacher* para el financiero, mientras Lutz repasa las escasas notas que ha tomado de una guía histórica; es todo lo que sabe sobre el emperador Francisco José, aparte de la cantidad de tonterías que procuran las inacabables y tontorronas películas de Sissi. Nacido en el seno de los Habsburgo, educado en la más estricta opulencia y adorado por la aristocracia vienesa, fue el último káiser o emperador del Im-

perio austrohúngaro, al que condujo a la Primera Guerra Mundial, tratando de vengar el asesinato de su sobrino. Murió en mil novecientos dieciséis, solo y abatido en una dependencia del palacio de verano de Schönbrun.

—A Strohmeier le pusieron el sobrenombre de *el Káiser* cuando empezó a comprar objetos personales del emperador Francisco José en los anticuarios vieneses —apuntó Lutz—. ¿Qué tipo de objetos? —quiso saber Stieghel.

—Cosas raras, ya sabes. Que si su navaja de afeitar, su chaqueta de caza, la guerrera que se ponía para desfilarse ante los húsares...

—Por no mencionar el retrato de su despacho.

Lutz asintió preocupado.

—Es una fase en todo genio de las finanzas —afirmó, mientras daba buena cuenta a su tarta—. Identificarse con una figura, idolatrar una personalidad, preferentemente histórica.

Wilhem Strohmeier había surgido de la nada, el cuarto hijo de una familia pequeño burguesa del centro de Viena. Había terminado sus estudios de música en el Conservatorio de Viena y de Económicas en la Universidad cuando empezaron las sanciones de Estados Unidos a Irán sobre la exportación de petróleo. Soñando con «El Dorado», no dudó en afincarse en Suiza, país cuyo estatus neutral le permitía maniobrar con plena libertad. Creó una empresa tapadera que compraba petróleo a Irán y se lo vendía a sus socios occidentales, esquivando las sanciones. Los cuantiosos beneficios de su compañía le permitieron comprar y financiar pequeñas empresas que se encontraban al borde del abismo para sumarlas a su imperio. Su escalada de éxitos se hizo imparable cuando supo apreciar la oportunidad de las nuevas tecnologías. En solo tres años, se había hecho con el control de pequeñas emisoras y empresas de comunicación de Austria y Suiza. En una nueva demostración de su talento empresarial, había evitado el descalabro de la

burbuja financiera de las empresas de la *nueva economía*, aplicando el principio de rentabilidad de la *vieja economía*. Además de una oportuna reconversión de algunas de sus pequeñas compañías a sectores más sólidos, como el audiovisual. A Lutz se le caía la baba al afirmar que Strohmeier era un genio de la estrategia. Stieghel en cambio, no había sacado nada en claro de todo aquello excepto que algo había empezado a ir mal en algún momento, y no le permitió que siguiese con las loas.

—Lo cierto es que, últimamente, Strohmeier estaba un poco raro —reconoció de mala gana Lutz, pidiendo una copa de coñac.

—Necesito más información, Franz, no me estás ayudando mucho.

El austríaco estalló en una carcajada ante la mirada sorprendida de los otros parroquianos del café Demel, en su mayoría turistas. Ninguno de ellos hubiera comprendido el afecto que Franz Lutz sentía por su viejo amigo Werner Stieghel. Se habían conocido de jóvenes, en el Conservatorio de Música de Viena. A Stieghel le fascinaba Wagner, con su música pesada, lastrada de imperialismo y superioridad germánica, mientras que Lutz prefería a Gluck o a Litz, con la frivolidad correspondiente. Amaban la poesía y devoraban vorazmente todo lo que caía en sus manos: Rimbaud, Baudealaire, Verlaine, Coleridge, John Donne... Los poemas desgarrados de Cavalcanti, la locura de los Cantos de Maldoror y el legado de T.S. Eliot. El joven Werner vivía con su tía, una adinerada solterona alemana, y cualquier alusión a su pasado o a sus orígenes le sumía en un profundo mutismo. Tuvieron que compartir juntos los difíciles exámenes de sexto curso de piano para que Stieghel le revelara que sus padres habían muerto y que solo conservaba el recuerdo de un tío suyo que vivía en Alemania del Este. Un día dejó de acudir al Conservatorio. Su tía aseguró que había regresado con sus padres a Alemania Occidental. Men-

tira. Werner nunca se hubiera ido sin despedirse de sus amigos. Para Lutz, hijo de una familia acomodada cuyo excelso abolengo se remontaba a la época de la Gran Guerra, la repentina desaparición de su amigo se convirtió en un misterio casi traumático, insalvable.

Años después, acaecida la caída del Muro de Berlín, Franz Lutz, que había abandonado la frágil ilusión adolescente del artista en favor de los más lucrativos estudios de Dirección de Empresas, volvió a encontrar a su amigo. Estaba sentado en la primera fila de una conferencia sobre la conciliación económica entre los dos sistemas, comunismo y capitalismo, en la Facultad de Ciencias Económicas de Viena. Le costó reconocerle. Estaba muy cambiado. Vestía un austero abrigo gris rata y una camisa de cuello mao. El brillo de sus ojos se había fortalecido, alimentado por una fuente secreta, y su cuerpo, antes más débil y enfermizo, se había robustecido como consecuencia del entrenamiento físico. Al término de la conferencia, se abrazaron efusivamente y fueron a tomar algo al café Landtmann, donde los estudiantes vieneses se conjuran en tertulias inacabables en el invierno. Leyeron poemas de Rilke, de Valéry y hablaron largo y tendido sobre las últimas tendencias musicales. Werner no le confesó abiertamente dónde había estado aquellos años, pero parecía venir de otro mundo. Le habló de una ilusión que se había desvanecido, del sueño de muchos hombres por contener el capitalismo, del universo de la mentira. Le habló de un lugar imaginario, casi mágico, un país que ahora se había ahogado en las entrañas de la Historia, cuyas fronteras se habían borrado de los mapas. Un territorio de fantasía protegido por un Muro de hormigón contra el que se estrellaban los sueños, vigilado por policías grises y fríos que no vacilaban en descargar sus armas en nombre del pueblo. Un pueblo al que se mentía cada día, desde que se levantaba hasta que se acostaba. Los de arriba mentían a los de abajo y los de abajo mentían a los de arriba porque tenían miedo. Mediaban la quinta taza de

café cuando Stieghel dijo que tenía que irse. Se iba de viaje a Bratislava, a Bulgaria, no estaba seguro. Franz Lutz temió que fuera la última vez en que se vieran. Afortunadamente, no fue así.

—En fin, Werner, ya sabes. A nuestro nivel es fácil cometer errores. Te encuentras sometido a mucha presión. Los consejos de accionistas se convierten a veces en auténticas batallas campales.

—Al grano, Franz.

—Está bien. *El Káiser* empezó a dejarse ver menos en las reuniones del Consejo Administrativo. Estaba siempre de viaje y resultaba difícil localizarle. Hubo un par de operaciones financieras fallidas. Ya sabes cómo va eso. La gente murmura y las cotizaciones bajan. Un día estás arriba y al otro estás abajo.

—¿Algo sobre las escapadas? ¿Droga, juego, mujeres?

Sin duda, *el Káiser* podía haber caído en la trampa de cualquiera de esos tres vicios, la gangrena de los occidentales, pero no lo sabía a ciencia cierta.

—Lo único que puedo decirte es que viajaba muy a menudo a Praga.

—Praga. La Ciudad de la Luz. Es un buen comienzo.

La camarera Brigitte trajo dos copas de delicioso jerez a petición de Lutz. El Demel caía rendido ante los encantos del crepúsculo estival. Las terrazas se inundaban de jóvenes tratando de aprovechar la vida nocturna que les procuraba el buen tiempo. Iban a los conciertos al aire libre o a las terrazas de los jardines del Ayuntamiento. Precisamente allí fue donde encontró a Stieghel por segunda vez, años más tarde, a mediados de los noventa. De nuevo, muy cambiado. En lugar del abrigo gris y la vulgar camisa vestía un impecable traje de Armani sin corbata. Se peinaba con gomi-na y resaltaba la suavidad de sus ojos cálidos y azulados con una camisa gris de seda que Lutz atribuyó sin duda al catálogo de Versace. Era evidente que las cosas le iban

bien. Le acompañaba una hermosa joven, no más de veintiséis años, rubia y muy pálida, posiblemente italiana o española. Degustaban una cerveza y un plato de carne picante. Aguardó unos instantes meditando sobre la conveniencia de saludarle cuando los ojos vigilantes de su amigo se posaron sobre él. El reencuentro fue tan efusivo como la primera vez. Se sentó con ellos y Werner le presentó a Susana López. Trabajaba como guía turístico en un circuito que comprendía Viena, Praga y Budapest. Franz Lutz constató bajo las luces nacaradas de la torre del Ayuntamiento que era singularmente hermosa. Stieghel no la soltaba un segundo de la mano. Cuando tuvieron que pedir más cervezas, ella se adelantó y les dejó solos. A los dos les iba bien la vida. Lutz había cobrado mucha importancia en los círculos empresariales de la ciudad. Stieghel no precisó su fuente de ingresos, pero dijo que trabajaba por libre. Pretendía establecerse en Viena, le confesó, añoraba mucho los tiempos de su juventud en el Conservatorio y tenía a su disposición el viejo apartamento de su tía, fallecida hacía unos años.

Tal vez fue la sobriedad del jerez lo que le hizo recordar a Lutz que habían hablado demasiado sobre *el Káiser*.

—¿Y Susana?

Por la forma en que se contrajo su rostro, dedujo que el giro que había tomado la conversación no le gustaba. Celoso hasta límites insospechados de su vida privada, le había ocultado la pequeña crisis que estaba atravesando con Susana.

—Se fue —respondió Stieghel, e hizo un gesto con los dedos, como si su recuerdo se desvaneciera en el aire—. Un día volví a casa y no estaba. Le conté en qué consistía mi trabajo y a qué me dedicaba, y ella se negó a aceptarlo.

A su mente vino el día en que se sinceró ante Lutz. Hasta entonces, Lutz y él se habían visto en escasas ocasio-

nes. En la Ópera, en el Palacio de Liechtenstein, donde también se solían oficiar conciertos o en alguna velada nocturna de la zona de bares del Triángulo, la zona de bares y discotecas oficial de Viena. Su amistad creció y se consolidó con el tiempo, hasta el día en el que Stieghel le habló a corazón abierto.

«Te voy a decir la verdad. Toda la verdad, Franz Lutz, porque es necesario para que comprendas lo que voy a pedirte. Será bueno para ti y para mí, porque las cartas estarán encima de la mesa. Pero debes jurarme por nuestra amistad que si no puedes acceder a lo que te pido, mantendrás en el más absoluto secreto lo que voy a contarte.»

Lutz asintió y el relato de Werner Stieghel cambió su vida para siempre.